CAPITULO UNDECIMO.

LAS HERMANAS DE LA CARIDAD.

I.

El hospital de sangre se habia establecido en la Fábrica del Hércules, propiedad de D. Cayetano Rubio.

El *Hércules* es un establecimiento modelo, una fábrica de hilados de todo lujo.

En derredor de aquella finca se ha formado un pueblo con la colonia de los trabajadores.

El rico propietario es uno de los hombres de negocios mas distinguido por su capacidad.

Rubio no ha hecho negocios en pequeño, siempre ha abarcado algo grande que aduna sus intereses al bien de la clase pobre, avara de trabajo y ocupacion.

Rubio estableció las fábricas de Tlalpam, donde un pueblo de operarios bendice su nombre.

Nosotros condenamos el egoismo de los hombres que entregados al mar tempestuoso de la especulacion, no comparten con el desgraciado ni aun sus simpatías; para ellos tendremos siempre un anatema, así como nues-

tra pluma se honrará siempre en tributar justos y merecidos elogios á los que con su conducta filantrópica llevan al terreno práctico las teorías democráticas.

II.

No hay pluma que pueda llegar á la altura de un espectáculo tan horrible, como el que presenta un hospital de sangre.

Un campo de batalla es un cuadro de felicidad, si se compara con una sala de amputaciones.

Las camillas de la ambulancia se habian reservado para los gefes.

Los soldados yacian en el suelo agrupados, confundidos, amontonados, mezclando su sangre que corria por el aposento y salpicaba las paredes.

Gritos, maldiciones, rezos, ayes de dolor, todo se confundia.

El estertor de los moribundos se apagaba entre aquellos clamores de la agonía.

En un rincon de la sala y frente á una ventana, estaba colocada una mesa, donde ponian al herido para operarlo.

Aquello era peor que el potro del tormento.

Los médicos de la ambulancia parecian unos carniceros: se habian despojado de las levitas y chalecos; su camisa estaba arremangada en lo alto de los brazos, y sus rostros y camisa, todo estaba manchado de sangre.

Luego que el soldado se colocaba en la mesa fatal, lo desnudaban, veian si su herida necesitaba mucho cuidado para evitar la amputacion, y donde calculaban que era así, procedian á ella y la ejecutaban rápidamente, sin cuidarse de los horribles gritos y maldiciones del herido.

Los miembros eran arrojados á un patio donde los perros se los disputaban.

Cansados los practicantes y médicos, salian á tomar aliento.

Mientras, se morian algunos desgraciados con la pérdida de la sangre.

Cuando se observaba que alguno dejaba de existir, dos de los mismos soldados lo sacaban al patio, donde lo recogian sus madres ó esposas.

Entonces se oian aullidos espantosos, gritos de desolacion y maldiciones al imperio.

Los médicos volvian á entrar, y se renovaba aquella escena de sangre, capaz de amedrentar el corazon mas empedernido.

III.

Un tumulto de soldados apareció en la puerta de la sala, conduciendo en una parihuela á Enrique, ya próximo á espirar.

—Paso! gritaba la voz airada de Pablo Martinez.

Practicantes y mugeres abrieron una calle para que pasase el herido.

—Hermanas! gritaba el guerrillero, vengan á recibir á este muchacho.

Las Hermanas de la Caridad, revueltas entre los heridos, oyendo aquellas blasfemias, socorrian á los enfermos con solicitud evangélica.

¡Pobres jóvenes! sus votos los van á cumplir á esos sitios donde solo pueden ir impelidas por el espíritu de Dios!

—Madrecitas, este muchacho se muere, yo no quiero verlo, recíbanlo, que pronto doy la vuelta.

Martinez salió del hospital con un nudo en la garganta y ya la camisa hecha pedazos de tanto tirarla del lado del corazon.

IV.

Dos *Hermanas* recibieron al enfermo, lo acomodaron en un lugar á propósito, y le descubrieron el rostro.

Las dos jóvenes dieron un grito de sorpresa.

Ambas habian reconocido á Enrique.

—Dios mio! dijo una de ellas, ¡qué desgracia!

—¡Quién lo hubiera pensado! respondió la otra.

—Le conoces?

—Sí; de casa ha salido para la revolucion.

—Tambien ha sido mi amigo.

—Véamos qué podemos hacer por él.

Enrique percibió como en sueños el acento de aquellas voces, que traian las ráfagas apacibles de una memoria.

Entreabrió sus moribundos ojos, y se fijó en las Hermanas de la Caridad.

Una sonrisa apareció en sus lábios cárdenos con la proximidad á la muerte.

—Clara! Guadalupe! murmuró el herido.

—Sí, somos nosotras, contestó Clara llorando amargamente; nosotras que venimos á auxiliar á usted.

—Sí, Enrique, aquí estamos para cuanto usted necesite, se apresuró á decir Guadalupe.

—No necesito mas que las oraciones de almas tan puras y llenas de virtud, porque tengo la muerte delante de mis ojos.

En esos momentos llegaron los médicos, reconocieron cuidadosamente al herido, y dando una mirada de inteligencia á las Hermanas, les dijeron:

—Necesita reposo; mas tarde le operaremos.

Clara y Guadalupe no cesaban de llorar.

—Necesito ver á Pablo Martinez, dijo el moribundo.

—Mi hermano está aquí? preguntó asustada Guadalupe.

—Sí, él ha sido mi padre!

Clara rogó á un soldado que fuera á llamar al teniente coronel Martinez.

—Era fuerza, continuó Enrique, al fin yo he matado á un hombre.

Guadalupe se estremeció.

—Porque yo os amaba, Guadalupe.... pero al conoceros sentí que estábamos muy distantes.... despues os amé como á una hermana.

Guadalupe sentia su corazon opreso.

—Yo no provoqué el duelo.... él.... él me obligó á matarle.

Como si á este recuerdo su imaginacion se hubiera despertado al vértigo de la calentura, comenzó á delirar, luchando con la muerte.

—Es la noche!.... los árboles son espectros que me siguen.... ¡Dios mio!.... cae una lluvia ardiente..... estoy empapado en sangre!.... ¡qué horror!.... asesino!.... asesino!....

—Calma, Enrique, deseche usted esas visiones de su cerebro, decia llorando Guadalupe.

—Esa voz, continuaba el herido, es la suya.... la traen las ráfagas del viento.... Ese acento es el de los ángeles, es la voz de la esperanza!....

Entonces comenzó á llorar tristemente.

Clara se acercó á la cabecera y puso su mano en la frente del moribundo; este volvió los ojos y los fijó tenazmente en el rostro de Clara.

—Me parece que es un sueño lo que pasa.... que estoy delirando como un loco.... me abraso de sed.... quiero agua.

Clara llevó á los lábios de Enrique el vaso.

—Mi boca está ardiente, necesitaba apagarse en ese hielo.

Entró despues en el sopor de una próxima agonía.

Las dos Hermanas de la Caridad se arrodillaron á los pies de la camilla.

Con los brazos cruzados sobre el pecho y los rostros inclinados, oraban por aquella alma, próxima á dejar el mundo.

V.

Pablo Martinez entró en la sala pálido como la muerte.

Acercóse al herido y con voz suave y conmovida, le dijo: amigo mio, aquí estoy, queria usted algo?

Enrique buscó con su trémula mano la del guerrillero.

Luego que la sintió oprimir por su buen amigo, la llevó al corazon que comenzaba á paralizarse.

—Pablo, yo te debo mucho.

—Quiere usted callar! yo no he hecho mas que cumplir con un deber.

—Yo te he querido bien, Pablo Martinez.

El guerrillero sacó su pañuelo y enjugó su frente donde corria un copioso sudor.

Enrique continuó:

—Perdóname si acaso te he dado algo en que sentir....

—Yo soy el que lo debo pedir; porque usted no debia haber entrado en la accion, usted ignoraba estos peligros, y yo soy un bruto en haberlo permitido; pero no imagine que tan pronto.... vamos, yo estoy inconsolable.

El enfermo oprimió con mas vigor la mano del guerrillero.

—¿Qué quiere usted que haga?

—Cuando entres á México, busca á mi madre.... cuéntale que no la he olvidado ... que su hijo se acordó mucho de ella en sus últimos instantes.

—Esto es horrible! gritó Pablo Martinez.

—Llévale mi ropa, ella la guardará como un recuerdo de su hijo.

El guerrillero sentia que su pecho iba á estallar.

—En mi cartera hay unos rosarios.... allí.... están.... Dios mio!.... me muero!.... me muero!....

Quiso hablar el moribundo, pero su voz se convirtió en un estertor horrible, aspiracion del aliento al arrancarse de nuestro pecho para siempre.

Pablo Martinez se arrodilló junto al moribundo y escondió su rostro entre la manta ensangrentada de la camilla.

Sólo se oia el ronquido de la agonía y el apagado rezo de las Hermanas de la Caridad.

Despues de algunos momentos levantó el guerrillero la cabeza y fijó su mirada en aquel semblante descompuesto, ya inmóvil y cubierto con las sombras de la muerte.

Enrique habia espirado.

Pablo Martinez acercó sus lábios á la frente helada del cadáver, y la besó con respeto.

Entonces acercó su rostro al de su amigo y lo bañó con silenciosas lágrimas.

Las Hermanas habian desaparecido.

VI.

Pocos momentos despues y ya cuando el guerrillero habia vestido á Enrique y tendídolo en una mesa del cuerpo de guardia, llegó don Serafin.

Detúvose en la puerta, contempló el cadáver de su amigo, y vió á Pablo Martinez en un rincon de la pieza velando el cuerpo de Enrique.

Entonces el infeliz jóven rompió á llorar como una muger.

Se quedaba solo en el turbion revolucionario.

Perdia al mejor de sus amigos, al mas querido de sus compañeros.

Todos los sueños, todo el mundo de ilusiones que habian forjado en sus horas de infortunio desaparecian para siempre, se desvanecian ante aquel cadáver ensangrentado.

Don Serafin recibia el primer desengaño y ya en los momentos en que todo auguraba un próximo triunfo.

Los compañeros llegaron despues con la caja hecha por los carpinteros de la fábrica del Hércules.

Unos soldados hacian la guardia al gefe republicano muerto en el campo de batalla.

Hay seres que hasta en la muerte les alcanza la desgracia.

Florentino Mercado desapareció de entre los cadáveres sin saber quien lo habia recogido.

Peña y Ramirez corrió la misma suerte.

En vano sus amigos han buscado un sitio para levantar un monumento, ni una cruz ha podido colocar la piedad cristiana.

Se ignora el lugar donde esos mártires duermen el sueño eterno.

Pero queda un campo lleno de recuerdos gloriosos, una fecha que arroja el nombre de los héroes de ese dia, y unos muros derruidos y salpicados de sangre.

Esos muros se llaman "La Casa Blanca."

La fecha es el 24 de Marzo de 1867!

CAPITULO DUODÉCIMO.

LA MARTINICA.

I.

El sitio de Querétaro se habia estrechado y dia á dia se libraban encuentros y se empeñaban combates parciales.

Porfirio Diaz habia llegado al frente de Puebla y ocupaba el perímetro de la ciudad, sin dar tregua á los imperiales, que se sentian ahogar en un círculo de hierro candente.

Márquez habia llegado el 27 de Febrero, é ignoraba la accion de armas del 24.

Se anunciaba á la imperial ciudad como lugarteniente de la monarquía mexicana.

El advenimiento al poder del asesino de Tacubaya, tenia consternada á la ciudad, que juzgaba de mal agüero este acontecimiento.

Inauguróse Márquez con la imposicion de un préstamo forzoso para socorrer á la division de 5.000 hombres que debia conducir personalmente al sitio de Querétaro.

Entretanto se hacian los preparativos para la marcha, se mandó poner en todo su vigor la circular de 3 de Octubre para reprimir los conatos revolucionarios que ya se dejaban sentir en el mundo político.